

POR VÍCTOR LENORE

LOS RODRÍGUEZ

El grupo que nos enseñó a querer a España



 **disenso**
FUNDACIÓN

La banda hispanoargentina salvó los años noventa con su rock castizo, rumbero y bohemio, que sigue sonando vibrante tres décadas después

El 28 de septiembre de 1990, un desconocido rockero argentino aterrizaba en la capital de España. Nadie lo sabía entonces, ni siquiera él mismo, pero su destino era librarnos del muermo que dominaba gran parte del rock español (y que iba a más). Antes de hacerlo, tenía que empaparse a fondo del ambiente de la capital de España. Vino a tope de ganas, hasta el punto de que ese primer día se fue a dormir a las once de la mañana después de quemar la noche en Voltereta, un *after* en los bajos de la Plaza de los Cubos. En aquella época, Madrid era una ciudad mucho más dura, salpicada de adictos a la heroína, *riffs* sucios de Malasaña y camareros que servían sol y sombra a los obreros, un desayuno que Los Rodríguez terminaron adoptando en alguna gira. «Los barrios aledaños a la Gran Vía eran decadentes, pero genuinos, sobrevivían antiguos comercios y bares con solera. Malasaña y Chueca eran otro mundo. La Gran Vía, la calle Atocha, Montera, Callao... eran sórdidas y bonitas, no estaban maquilladas de cultura aspiracional ni franquicias que te sirven el café en vasos de cartón», dijo una vez Calamaro.

Los Rodríguez fueron como la Legión extranjera, un lugar para hombres con un pasado, fuese este en Tequila, Los Abuelos de La Nada o el trabajo de sesión con Luz Casal, Luis Eduardo Aute y Álex & Christina. Su primera maqueta estuvo meses dando vueltas por las discográficas. «Alguien nos dijo que éramos ‘viejos y yonquis’. Algo de razón tenía, no nos ofendimos en absoluto. Supongo que el estándar de la época era un pop más juvenil. Asomamos al mismo tiempo que **Antonio Vega** -en solitario- y **Extremoduro**... Los viejos yonquis marcamos tendencia», bromeaba Calamaro en 2020. La formación se completaba con Ariel Rot (guitarra), Julián Infante (guitarra), Daniel Zamora (bajo) y Germán Vilella (batería). En un año ya publicaron el disco *Buena suerte*, abriendo las puertas al rock latino, que florecería en esa década. Publicaron seis álbumes en seis años y cambiaron prácticamente todo. Terminaron abriendo para clásicos del rock español como Joaquín Sabina y Manolo Tena, pero sobre todo influyeron en una generación de bandas jóvenes que se armaron a ese sonido.

Calamaro suele resumir así la receta sonora de su éxito: «El himno *Chiquilla* (Seguridad Social) nos gustó mucho, pero Gabinete Caligari era nuestra banda preferida, o Burning. También **Los Chunguitos**, **Bambino**... Luego **Keith Richards**, que estaba grabando sin los **Rolling Stones**, con **Steve Jordan** a la batería, *black power*. Cuando quisimos reproducir *Chiquilla* nos complicamos con el *groove*, buscando el compás. Éramos buenos amigos de **Antonio Flores**, tratábamos de descifrar el compás de soleá por bulerías, le dimos vueltas a nuestra versión rockera del sonido Caño Roto. Pero nunca nos juntábamos a escuchar música con intenciones de reproducir arreglos parecidos, estábamos todo el día en el local de ensayo, nunca intentamos sonar como otra banda, por vagancia o por constancia», recuerda.

Mientras Los Planetas triunfaban con sus medios tiempos bajoneros, Los Rodríguez rescataban la alegría de la cultura popular española. «Íbamos a los toros, comprando en la reventa más económica, veíamos en fútbol en los bares. Jamás discutimos por asuntos culturales ni ideológicos. Respondíamos a un mandato generacional, sabíamos en que acera estábamos. Éramos némesis de los conservadores, todos lo teníamos claro, empezando por los conservadores», resume. Tampoco renunciaban a una militancia cultureta de bohemio suscrito a *El País*. «Abrazamos los cines Alphaville, los libros de Anagrama, los carajillos, el Real Madrid y todos los símbolos posibles. Disfrutábamos de eso, de la España de **Juan Carlos** y **Felipe González**, la mejor época de la historia en el mejor lugar posible», celebra. «España era un proyecto que incluía a todos los españoles, incluso foráneos o indocumentados. El siglo XX fue un paraíso fiscal», remata, cargado de razón.

Lo importante, como siempre, son las canciones, empezando por la arrolladora y contagiosa *Sin documentos*, que captura el alegre desarraigo de los noventa y lo empapa de romanticismo. También la descarada *Mi enfermedad*, que usó Diego Armando Maradona para su presentación en el Sevilla y que pensaba que estaba escrita para él. Joaquín Sabina contribuyó con *Otra canción de amor* y con él compartieron una de sus giras más éxito. *Mucho mejor* fue su mayor impacto comercial, hasta el punto de terminar en un anuncio de helados. Y *Engánchate conmigo* alcanzó tal éxito que, en el verano de 1992, TVE la escogió

como banda sonora promocional de la cadena. No hablamos de unas vacaciones cualquiera, sino las de las Olimpiadas de Barcelona y la Expo de Sevilla.

Los Rodríguez no eran solo un grupo radiante, sino también un estilo de vida, algo que deja claro la biografía oral que les escribieron Kike Babas y Kike Turrón. Muchos fragmentos reflejan su síntesis de bohemia y aristocracia, por ejemplo, cuando Ariel Rot describe el piso de renta antigua que compartían en el barrio de Chamberí: «En El Rancho vivíamos todos, era casi en Castellana, en Martínez Campos. Durante los años que me fui a Buenos Aires mantuve un alquiler de renta baja por un piso espectacular, aunque imagina cómo lo teníamos. Le llamábamos El Rancho en broma. Había sido la peluquería de Ruper. Todo el salón era espejado, así que tenía una especie de glamour decadente. Parecía *Exile on Main Street* —el disco doble que los Stones grabaron en una mansión del sur de Francia a comienzos de los setenta—, un casoplón hecho polvo. Nos quedamos allí, éramos un montón de vagos viviendo. Al principio, los oficiales éramos Andrés y yo, pero como había muchas habitaciones Julián inmediatamente se consiguió la suya. Nos quedamos allí instalados», recuerda Rot.

Germán Villela calibra lo importante que fue tener ese espacio de libertad en la zona noble de Madrid: «Además de Ariel, su hermana Cecilia —la famosa actriz— había estado viviendo ahí también. Era un piso que venía de cuando sus padres vivían en Madrid. Tenía solera. Ahí nos juntábamos con las guitarras y tocábamos, pero también hablábamos y comentábamos. Ahí surgían canciones, otras en el local de Tablada. Esta es la época enfermiza en lo musical. No teníamos nada mejor que hacer que componer y probar cosas, tocar y tocar. En los ratos libres tratábamos de ligotear un poco y ya nada más. La vida se reducía a esto. Hacíamos eso en el local, en El Rancho o en los bares nocturnos. La cosa era tener un instrumento al lado todo el tiempo, estar continuamente haciendo música», afirma. Por eso su repertorio capta tan bien su época, su ciudad y su militancia estética.

Diego Manrique, uno de los pocos periodistas musicales que les comprendió desde el principio, fue testigo de cómo ascendieron contra viento y marea. «Hoy se suele olvidar que Los Rodríguez pasaron por tres discográficas y que sufrieron para entrar en las radiofórmulas. Eran demasiado rockeros (¡y rumberos!) para lo que se ha dado en llamar la Edad de oro del pop español. En verdad, carecían de concordancia con el sonido del momento. Aunque vivían y se movían por las calles de Malasaña, no se pinchaban sus discos ni en los antros que frecuentaban: el barrio estaba rendido al rock de garaje y similares. Tampoco terminaban de encajar en los medios, donde molaba más alentar al *indie* en sus diversas variedades: bueno, malo y peor. Un movimiento presuntuoso que —cantado generalmente en una especie de inglés— lograría la prodigiosa hazaña de espantar al público masivo acumulado durante la década de los ochenta. Un *harakiri* insensatamente aplaudido por sus colegas periodistas y muchos locutores paternos», escribía en *El País* en 2021.

También hubo un lado trágico: miembros que hicieron aportaciones sustanciales ya no están entre los vivos. Hablamos de **Julián Infante**, Guillermo Martín y **Daniel Zamora**. Mientras la industria promocionaba medianías, ellos tuvieron que sudar la gota gorda. «Esperamos tres años casi exactos antes de poder pagar una cena o un alquiler. Tres años y tres discos en distintas discográficas. Si no fuera por **Alfonso Pérez** (Dro) y *Sin Documentos* hubiéramos probado suerte en otra parte, probablemente México o Argentina. Un buen amigo, empresario de radio y televisión, me ofreció un sueldo mensual para hablar cinco minutos, por día, en la radio. Llamaba a cobro revertido y hablaba un rato de música y fútbol.... Eso me permitió hacer equilibrio cuando las vacas flacas. Necesitaba una mano y un buen amigo me dio las dos. Luego estaba Ariel que me había adoptado literalmente, y me blindaba para no patinar con los consumos peligrosos», admite Calamaro. El grupo que volvió a enamorarnos de la cultura popular de nuestro país siempre estuvo en la cuerda floja, una auténtica vergüenza nacional, que por suerte tuvo un final feliz.